

El XXVI Festival Internacional de Teatro Hispano

Luis F. González-Cruz

El XXVI Festival Internacional de Teatro Hispano (dirigido por Mario Ernesto Sánchez; patrocinado por Teatro Avante, American Airlines y otras empresas), del 7 al 24 de julio de 2011, rindió tributo a Chile, de donde vinieron dos compañías dramáticas. El afiche del Festival fue diseñado por Jaime Ferrer, de Santiago de Chile; y el Premio a una Vida de Dedicación a las Artes Escénicas, fue otorgado a Delfina Guzmán, también chilena. El Componente Educativo, dirigido por la Dra. Beatriz Rizk, ofreció una convención de dos días, en colaboración con la Latin American Theatre Review, durante la cual distinguidos estudiosos del teatro hispánico presentaron ponencias y disertaron. Una de las sesiones estuvo enteramente dedicada a la figura de George Woodyard, quien dirigió la mencionada revista por muchos años: en ella participaron Jorge Huerta, Adam Versenyi, Jackie Bixler, Stuart Day (actual editor del Latin American Theater Review), Jean Graham-Jones, Kirsten Nigro y la propia Beatriz Rizk. Esta última dirigió, además, la lectura dramatizada de dos obras chilenas (El coordinador, de Benjamín Galemiri y Carolina, de Isidora Aguirre), y presentó su libro Imaginando un continente: Utopía, democracia y neoliberalismo en el teatro latinoamericano.

Lo crudo, lo cocido, lo podrido (Teatro Imagen, Santiago de Chile; autor: Marco Antonio de la Parra; dirección: Gustavo Meza), con elementos del absurdo y un fino sentido del humor, muestra a tres camareros que persisten

en su intento de mantener vigentes las normas que regían el restaurante donde trabajan, aunque ha permanecido cerrado mucho tiempo por falta de clientes. Escrita durante la dictadura de Pinochet, en 1978, la pieza es una alegoría aplicable a cualquier régimen opresivo que obliga a los observadores del orden a encerrarse hasta perecer o sobrevivir el tiempo necesario para poder abrir la puerta y salir de nuevo a la luz. *Mujeres de Shakespeare* (Teatro Prometeo, Miami-Dade College; versión libre —y dirección— de Neher Jacqueline Briceño a partir de las obras de William Shakespeare) fue una admirable realización donde predominó la belleza plástica, gracias al esmerado trabajo de Briceño, más la escenografía y el vestuario de Jorge Noa y Pedro Balmaseda, quienes lograron hacer de su creación verdadera poesía: algo muy justificado en el caso de los textos de Shakespeare. *Amores de cantina* (Centro Gabriela Mistral, GAM, Santiago de Chile; autor: Juan Radrigán; directora: Mariana Muñoz) es un canto al desconsuelo, la pobreza, los amores fracasados y los horrores de la vida en el cual varios personajes cuentan jirones de sus frustradas existencias. Esta “tragicomedia musical popular”, según la denomina su autor, tiene música, *muchas* canciones y textos en verso que interpretan los once miembros del conjunto. *Decir lluvia y que llueva* (KABIA Teatro, Bilbao, España; textos de Joseba Sarrionandia en adaptación de Borja Ruiz y los actores; dirección de Borja Ruiz) es el título de la obra y la respuesta que da un protagonista a la pregunta: “¿Qué es la felicidad?” De los personajes y su utilería caen hilos de arena; del techo se desprenden papelillos que figuran copos de nieve; y finalmente, llueve, desde dentro de los paraguas que utilizan los actores, empapándolos, del techo, de las manos de otros que como surtidores van regando agua por todas partes hasta alcanzar a los espectadores de las primeras filas. Los juegos de colores, el movimiento perenne de los intérpretes y las piruetas realizadas con los paraguas, remedan efectos del *Circo del Sol*. Pero entre maromas y retozos hay pasajes que denotan perspicacia e ingenio. En una ocasión se presenta una simpática interrogante: “¿La cebra es negra con rayas blancas, o blanca con rayas negras?”; tema que se desarrolla para demostrar la relatividad de todo hecho. La vida se compara al humo del cigarro, que no se sabe a dónde va. Una joven *idealista* ve en lo alto de una ventana una paloma y quiere que baje para *darle de comer*; pero su contrapartida *materialista*, un cazador que *quiere comérsela*, con un revólver le dispara y la paloma de utilería cae estruendosamente después del pistolazo que ha hecho brincar en sus asientos a los espectadores. La lluvia viene a ser símbolo de lo desconocido, del destino que interfiere a cada paso para dar la felicidad o entorpecerla. El Kraken Teatro de México, D.F.,

notorio por sus inusitados montajes, trajo *Cuerdas* (autora: Bárbara Colio; dirección: Richard Viqueira), obra que, poco imaginativa y a ratos tediosa, se salva gracias a las enérgicas actuaciones. Tres hermanos se reúnen en el aeropuerto para viajar a la ciudad donde su padre —a quien no han visto en muchos años— realizará la proeza de caminar la cuerda floja entre los picos de los dos edificios más altos del mundo y allí lo ven caer y morir sin llegar a hablar con él. El Día Internacional del Niño se presentaron dos comedias infantiles: *Ratoncillo y su amor imposible* (Teatro Prometeo, Miami-Dade College; texto y dirección de Neher Jacqueline Briceño) y *El pájaro Dziú* (Aquelarre Teatro, México, D.F.; autora: Marcela Castillo; dirección: Anick Pérez y Marcela Castillo). Teatro Avante, de Miami, montó *El malentendido*, de Albert Camus, en versión libre de Mario Ernesto Sánchez y dirigida por él. La escenografía de Pedro Balmaseda y Jorge Noa fue portentosa. Se construyeron varias plataformas elevadas que parecían flotar, las cuales se conectaban por pasillos y escalones dando la impresión de un laberinto. El resto de la superficie del escenario quedaba cubierto por una malla que remedaba un magnífico encaje. La pared del fondo estaba igualmente revestida de este *paño*; trozos del mismo cubrían, como una hiedra, porciones de los arcos, estructuras esqueléticas y tarimas que completaban la escenografía. Todo esto, más el diseño de luces y la impecable dirección de Mario Ernesto Sánchez y la música original de Mike Porcel crearon el medio perfecto para que pudieran lucirse Neher Jacqueline Briceño, Isabel Moreno, Julio Rodríguez, Zaida Castellanos y Ramón González-Cuevas. El texto original de Camus —tratado ideológico donde se airean los temas de la libertad, la falta de compasión, el sentimiento de culpa— quedó despojado de muchos de los discursos reveladores del motivo del comportamiento de los personajes, con lo cual Sánchez aligeró el diálogo, acercándose a la obra original de Rupert Brooke, *Lituania* (1915), en la cual se inspiró Camus. Los rugientes “*Bravo*” del público demostraron la calurosa acogida que tuvo esta escenificación. *El locutorio* (Arte & Friends, Bogotá, Colombia; autor: Jorge Díaz; adaptación y dirección de Jorge Cao) es un diálogo entre dos viejos, interpretados por Gloria Gómez y Jorge Cao, en el cual se tratan los temas de la soledad, el abandono, el amor, el pasado y el confuso presente de los personajes, a la vez que se analizan los horrores de la *tercera edad* que mira hacia la *edad cuarta y definitiva*. *Espérame despierto* (Mopa, Sevilla, España; creador y director: Juan Kruz Díaz de Garaio Esnaola; intérpretes: Eloisa Cantón y Juan Luis Matilla) nos recordó aquel *Ballet du Silence* que trajo a New York, hace muchos años, el Ballet de la Ópera de París. La primera parte prescinde de

sonidos hasta que *ella* toma un puñado de cucharas y las tira, estrellándose estrepitosamente contra el suelo. Después, entre otras silenciosas escenas, hay música producida por un violín y una concertina que *ella* y *él* tocan durante el perenne movimiento de aquella danza *ultra-moderna*, rica en intrincadas piruetas y acrobacias, en la cual ambos se interrelacionan en arranques de amor, dureza o erotismo. Predomina siempre un desenfadado sentido del humor que comunican al espectador los personajes a través de sus vocablos ininteligibles, sus canciones, sus gestos, sus miradas, sus pocas palabras y su actitud pueril y amistosa. Con tan insólito y refrescante espectáculo, verdadero *tour de force* para los intérpretes, concluyó el Festival de este 2011.

Penn State University